

JOSÉ MIGUEL VARAS: MILITAR>MILICO<MILITANTE

Grinor Rojo¹**Resumen**

El artículo desarrolla una reflexión en torno a *Milico*, novela de José Miguel Varas sobre el golpe de Estado en Chile. A partir de las palabras “militar” y “militante”, de las que se deriva aquella que titula la novela, el autor sugiere que lo que ésta permitiría interrogar es cierta lógica disciplinaria presente tanto en la milicia (militar) como en la militancia (política), o en aquello que propone denominar la “milicancia”.

Descriptor: *Milico*, José Miguel Varas, militar, militante, milicancia

Milico, la novela de José Miguel Varas², ha sido saludada como la gran novela del golpe de Estado chileno de 1973, pero no es por eso por lo que a mí me interesa en esta ocasión, sino porque plantea y convierte en materia de relato una problemática política que juzgo de la mayor importancia para la práctica socialista en general y para la de Chile en particular. Procuraré dar cuenta de ello en las páginas que vienen.

Es evidente que la palabra “milico” nombra en la novela de Varas a una clase y que de esa clase se desprenden dos grandes especies, las cuales comparten la misma raíz etimológica: “militar” y “militante”, ambas del latín *miles-militis*, “soldado”, según se lee en el *Breve diccionario etimológico* de Joan Corominas³. A su vez, cada una de las especies mencionadas incluye dentro de sí a dos o más subespecies. De militar, se desprende la subespecie “militar de antiguo cuño”, que es el educado en los ideales del nacionalismo republicano y que como sabemos fue la norma en el Chile de mediados del siglo XX, con

¹ Profesor de Castellano, Doctor en Filosofía por la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Profesor titular del Departamento de Literatura, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Correo electrónico: grinorrojo@hotmail.es

² Varas, José Miguel, *Milico*, Santiago, LOM, 2007.

³ Corominas, Joan Entrada: “militar”, en *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 1994, p. 396.

algo de popular y mucho de populachero, pero también de digno y de respetuoso de la Constitución y las leyes, y la de “militar nuevo”, que es el que hace su *debut* en los años sesenta, como un alumno atento a las lecciones en contrainsurgencia que en la panameña Escuela de las Américas les propinaban a sus pares latinoamericanos los oficiales estadounidenses. Al militar nuevo esas enseñanzas terminarán por transformarlo en un individuo ideologizado, inescrupuloso y golpista (sin contar con otros atributos harto menos bucólicos, como traidor, torturador, cobarde, etc., todos los cuales se asocian al tercer adjetivo).

De militante, se desprenden la subespecie “militante convencido”, que es el que cree a pies juntillas, con fe de catecúmeno, en el proyecto revolucionario, y la subespecie “militante que duda”, que es el que ha perdido o está perdiendo la fe. A éste último creo que puedo mantenerlo dentro de la categoría del militante de todas maneras, pues existe también la posibilidad de que su menor o mayor escepticismo no constituya un obstáculo para que él siga cumpliendo mecánicamente, por desidia, por comodidad o simplemente por inercia, con las obligaciones que se le habrán encomendado. Es ése un fulano que no cree o está dejando de creer en el proyecto socialista, pero que tampoco se desprende de las obligaciones que por su condición él está acostumbrado a realizar. Un ejemplo, hacia el final de la novela de Varas, es el del compañero Ramiro, miembro de la Comisión Política del Partido, y que demuestra a pesar de ello “un fondo de escepticismo total”⁴. Conversan él y Jaime en Moscú, y a Jaime le llamó la atención su escepticismo sobre los éxitos de la Unión Soviética (estadísticos, según él), el conflicto con los chinos y la guerra fría:

–Veo que has dejado el optimismo histórico de los comunistas –observó Jaime.

–Histórico –dijo Ramiro.

–Ahora te pasaste al pesimismo histórico. Pero lo que llama la atención es que sigues como si tal cosa, recitando la línea y cumpliendo las tareas. ¿Cómo enfrentas esa dicotomía?

–La tuya, por si acaso. Mira, todo se resuelve con esto.

⁴ Varas, *Op. Cit.*, p. 327

Tomó la botella demostrativamente y volvió a llenar los vasos⁵.

La clase “*miles-militis*”, esto es, la clase “soldado”, fija, por supuesto, el común denominador entre las dos especies básicas. La clase soldado presupone la obediencia del que no sólo no objeta las órdenes que recibe de sus superiores, sino que tampoco pregunta ni se hace preguntas, lo que lo lleva a un acatamiento sin titubeos de las exigencias que provienen desde arriba, cualesquiera que ellas sean. Al “milico militar” y al “milico militante” los une esta entrega de sí a otro o a otros, y la asunción consiguiente de una identidad que se encuentra por encima de su cabezas, que ese otro o esos otros habrán confeccionado para él/ella sepa Dios cuándo y cómo, una identidad que desplaza a cualquiera otra y que lo hace porque éste/ésta que la porta no duda de que es la más sabia y, por lo tanto, la mejor.

Trátase, entonces, de la subordinación de la identidad individual (en otro de mis escritos, yo la denominé “identidad singular”⁶) del personaje del caso a la identidad del grupo (en esa misma otra parte, yo la denominé “identidad particular”⁷). Más precisamente: se produce así el borramiento y el reemplazo de la una por la otra. Agrego ahora que la identidad particular se encuentra en ambas circunstancias ligada a una cierta “institución”: al “Ejército” (podría ser cualquiera de las ramas de las fuerzas armadas y daría lo mismo. O también podría ser la Iglesia Católica o alguna otra) la primera de ellas y al “Partido” la segunda. La institución es de este modo la depositaria y custodia de la verdad última acerca del hombre y del mundo, y esa verdad la institución la transmite y ejecuta por intermedio de quienes la encarnan. Y esto lo digo validando para la expresión “encarnar” el más fuerte de los significados que suelen dársele, casi religioso, y que nos remite a las personas de todos aquéllos en quienes la verdad “se hace carne”. El militar y el militante lo entienden así y actúan en consecuencia. Han renunciado al juicio propio porque sinceramente piensan que el de sus jefes es mejor.

⁵ *Ibid*

⁶ Rojo, Grínor, *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?*, LOM, Santiago, 2006, p. 35 y siguientes.

⁷ *Ibid*, pp. 39 y siguientes.

En el capítulo IV de la primera parte de *Milico*, se pone en boca de un oscuro conspirador chileno de los años veinte y treinta, el general Bartolomé Blanche, una declaración, por demás paradójica cuando se tienen presentes las credenciales de quien la formula. Dice Blanche: “La insubordinación es el peor delito militar y no se justifica nunca, bajo ninguna circunstancia”⁸.

En la primera reunión de célula a la que asiste el protagonista de Varas, el para entonces jovencísimo Jaime Román (es la época de Gabriel González Videla o tal vez la de los primeros años del segundo gobierno de Carlos Ibáñez, cuando el Partido Comunista de Chile era todavía una organización ilegal, Jaime es no mucho más que un adolescente y su “chapa” partidaria será, desde ahora en adelante, Tucapel), uno de los compañeros, un “hombrón... que fruncía y desfruncía el ceño, empuñaba y desempuñaba unas grandes manos venosas y ponía caras feroces o daba violentos cabezazos de aprobación según las palabras que decían los otros”, lo recibe en estos términos:

Siempre es bueno dar la bienvenida a un nuevo militante del (pausa y con mayúsculas) PAR-TI-DO. Acompañaba cada palabra con un gesto y una pausa. En sus filas, él va a encontrar una nueva familia, diez o mil veces más importante que la propia, donde será acogido con cariño y respeto. El (pausa) PAR-TI-DO le dará fuerzas para enfrentar todas las pruebas, la persecución, la cárcel, la tortura y LA MUERTE porque por encima y más allá de todo interés personal, está la causa del futuro luminoso de nuestra patria y de toda la Humanidad. Así que le damos la bienvenida a nuestro nuevo camarada Tucapel, que ingresa a nuestras filas en un período de clandestinidad, porque el régimen burgués y proimperialista nos mantiene al margen de su asquerosa legalidad. La lucha nos promete duras pruebas, pero sepa de una vez por todas el compañero que hoy se une a nosotros, que del PAR-TI-DO sólo se sale (gesto de asco) expulsado (gran pausa y una especie de contorsión de todo el rostro) o MUERTO⁹.

Leo esto y no puedo evitar la sospecha de que José Miguel Varas ha urdido la trama de *Milico* para producir un discurso ficcional de carácter programático, que pone en entredicho (o, si se prefiere un fraseo menos rotundo, que reflexiona acerca de) el grado de validez de la lógica con que se articulan los dos discursos que yo acabo de desmenuzar más arriba,

⁸ Varas, J.M. *Op. Cit.*, p.71.

⁹ *Ibid*, pp. 97-98

discursos contrapuestos en términos de sus previsiones de mundo, por supuesto, pero similares en lo que toca a los métodos con que las llevan o intentan llevarlas a la práctica. En la jerga de su novela, diríamos que lo que Varas está poniendo en entredicho o en discusión en las páginas de *Milico* es el sentido mismo no de la milicia o la militancia, sino el de la “milicancia”.

En lo que toca a Manuel Román, el padre del protagonista, él representa en la novela al militar de antiguo cuño, el que antecede a los golpistas que se educaron en Panamá o en Fort Benning (esos otros tipificados en el oficial Trizano Vial, el oficial “Trivial”), y su transgresión va a ser directa y sin vacilaciones. Destacado en el regimiento Andalién de la ciudad de Concepción, con grado de capitán, en los días que siguen a la caída del primer gobierno de Ibáñez, en julio de 1931, le corresponde ejecutar una orden de su superior, el comandante Pérez, y que es una orden que está reñida con la que él considera que es la actitud que a los militares les corresponde adoptar frente al desafío que entonces les presenta un grupo de areneros que con sus mujeres avanza en dirección al regimiento vitoreando el fin de la dictadura. Acusándolos de “comunistas”, el comandante Pérez ordena “abrir fuego” sobre los revoltosos no bien hayan ellos cruzado la línea de árboles que se alza frente al regimiento. El capitán Román no sólo desobedece esa orden de su superior, sino que se insubordina, “suspende” al oficial en el mando “hasta nueva orden” y lo encierra en su oficina por el resto del incidente¹⁰. Es, como vemos, uno de esos actos de desobediencia “injustificables bajo ninguna circunstancia”, según la frase del inefable Blanche, y él lo sabe. Sabe qué ha hecho y cuáles van a ser las consecuencias; que los actos protagonizados por él en esos minutos escasos y cruciales van a arruinarle la carrera. Nunca, a causa de ellos, lo ascenderán a general.

Respecto del hijo, de Jaime Román, que es en la novela el protagonista y un militante convencido, éste no transgrede el orden de cosas en el que se halla inserto, como hiciera su padre respecto del suyo, lo que genera un contrapunto generacional y psicológico de interés (y regresivo además) en el planteo que Varas nos comunica. En cambio, hace lo que su padre no hizo: obedece. Por lo que la puesta en entredicho deviene, en este segundo carril

¹⁰ *Ibíd.*, p. 69.

de la novela, indirecta, instalándose en la estructura irónica –siniestramente irónica, hay que decirlo–, de la obra. Jaime Román se convierte en víctima y, probablemente (es una de las posibles recompensas de las víctimas, como bien lo sabían los primeros cristianos) en mártir. Víctima y quizás mártir de la causa y debido a unas decisiones que él es el primero en darse cuenta de que son absurdas. El Partido aprovecha un viaje que Jaime debe realizar a Buenos Aires por motivos personales y le confía la misión de cruzar la Cordillera de los Andes, ir a Chile, burlar los controles de la dictadura y contrabandear un dinero (unos doscientos mil dólares) para financiar las acciones de la resistencia. Jaime se percata de que eso es una locura, que la misión que sus superiores le han encomendado no es factible y que puede costarle la vida y hace ademán de negarse (también se percata de todo ello el sarcástico compañero Ramiro, cuando sugiere que en el Partido pedirles explicaciones a los superiores “Es el derecho de todo condenado a muerte”¹¹), pero acaba aceptando. Le pregunta Ramiro: “¿Por qué aceptaste?”. Responde Jaime:

–No lo sé. Por costumbre, creo. Por disciplina.

–Me lo imaginaba-. Lo miró fijamente. Te felicito por tu disciplina militar.

–Partidaria -dirás.

–Es más o menos lo mismo. La diferencia, se supone, es que la nuestra es consciente. Y como dijo el camarada Stalin, que en paz descanse –Ramiro esbozó el signo de la cruz–, sólo la disciplina consciente puede ser de acero, ¿cómo estuve?

–Brillante.¹²

Aunque Jaime pone en práctica en Buenos Aires una maniobra que le permite no ser él quien acarrea a Chile el bulto fatídico, cruza la Cordillera de todos modos y es detenido por la policía política. Esto da lugar a la última secuencia de la novela, de unas diez o doce páginas, en la que se ponen de manifiesto todos los horrores del infierno dictatorial. Es pues

¹¹ *Ibíd*, p. 324.

¹² *Ibíd*, p. 326.

ésta una sola unidad narrativa, entre los capítulos XVII y XVIII de la tercera parte, y que comienza con su detención:

Miró a un lado y otro. Un auto blanco asomó cautelosamente por la calle de la izquierda y se aproximó sin ruido. Se detuvo a su lado y en ese instante percibió que tenía vidrios negros, alcanzó a pensar: esto ya lo vi. La puerta posterior se abrió. Quiso apartarse, gritar, pero del auto brotó una mano que lo cogió con fuerza de un brazo y lo hizo entrar de un tirón. No alcanzó a hacer ni a decir nada¹³.

Por su concentración, intensidad y ritmo narrativo, lo que se precipita a continuación en el relato de Varas es, a mi juicio, lo mejor de su novela. Cuesta leerlo, lo admito, pero yo encuentro ahí la representación seria de un asunto difícil en extremo, que ha sido abordado en otras oportunidades disimulada o torpemente, pero que la pericia novelística de Varas se las arregla para hacerlo legible. Jaime baja, como digo, a los infiernos, donde le aplican el menú de la Escuela de las Américas completo. Consiste éste en golpizas brutales desde el momento de su detención y más tarde, sistemáticamente, en la cabeza, en el estómago, en la espalda, en los genitales; además, en la contemplación del espectáculo horroroso de una hilera de cuerpos desnudos y colgados como reses en un pasillo, entre ellos el de una de sus compañeras de partido, una mujer ya mayor; en quemaduras, en aplicaciones de corriente eléctrica, en golpes de martillo en los dedos, en fin, a qué seguir.

Pero Jaime no afloja (del PAR-TI-DO “sólo se sale expulsado o MUER-TO”, había sido la frase de quien lo recibiera a su ingreso) y en la escena final, que tiene lugar en “un espacio vacío de unos 100 metros por cien” y a la manera de una lección para “ocho egresados del curso especial, en tenida de servicio”¹⁴, será una antigua condiscípula suya de universidad, la misma que en otras circunstancias lo había protegido, la bella capitán Erika Esmert, quien se encargue de corroborar la profecía:

[05:41] Erika se acerca al detenido, le rodea la cabeza con el brazo izquierdo y lo atrae hacia sí, en un gesto maternal, casi amoroso. De este modo, no puede ver el momento en que ella levanta el corvo, como en un saludo. La hoja desnuda produce un resplandor. Luego baja el arma y la mantiene pegada a su

¹³ *Ibíd*, p. 341.

¹⁴ *Ibíd*, p. 363.

cadera y muslo derechos. La sostiene de la empuñadura, con el filo hacia delante. Ella aprieta un poco más el brazo izquierdo y obliga al prisionero a inclinar la cabeza hacia su pecho.

[05:43] En ese momento, éste dice algo. Ella afloja un momento su abrazo para mirarlo. Le dice breves palabras en respuesta y en seguida vuelve a estrecharlo. Pero a continuación lo aparta poniendo la mano izquierda sobre el hombro derecho del prisionero y estirando bruscamente el brazo.

[05:44] Su mano derecha con el corvo se mueve como por impulso propio abajo y hacia atrás y luego, en un solo movimiento muy veloz, sube, relampaguea en el aire y baja hundiéndose con fuerza en el cuerpo desnudo del prisionero. El profundo corte va desde el pecho hasta el bajo vientre. Al mismo tiempo, la mujer desvía su propio cuerpo en un ágil movimiento de torsión, para evitar que la sangre la salpique¹⁵.

No quiero enredarme en una especulación en torno a las implicaciones psicoanalíticas de esta escena. Baste decir que los lectores de *Milico* encontrarán en ella una “teatralización del poder y la violencia” de que hablan las feministas a menudo, que va unida a la sexualidad y que es habitual en las representaciones de sadomasoquismo (“es como ver una pieza de teatro o una película en vivo”, reflexiona el *voyeur* del episodio, el ahora general Trivial)¹⁶. Esa teatralización invierte, en este caso y ostentosamente, la imagen del poder y la violencia patriarcales desatados sobre y en contra de la mujer. ¿Por qué lo hace Varas? ¿Por qué hace que sea una mujer la que, bajándole el corvo “desde el pecho hasta el bajo vientre”, concluye con la ordalía del militante? Me adelanto a decir que no me convencen para nada la historia de la relación anterior entre ambos personajes ni tampoco los sueños premonitores de Román.

Ahora bien, no es que el militante de Varas sea un “autómata”. Él mismo lo señala, cuando solicita que sus superiores al menos le digan en qué consiste la carga ominosa que le piden transportar¹⁷. Si no entendemos esto nos exponemos a pasar por alto ciertos matices que no son insignificantes. Jaime Román no es Ramón Mercader, el tristemente célebre asesino de Trotski. Hay, en efecto, en *Milico*, un capítulo en el que Jaime es invitado al Club Español

¹⁵ *Ibid*, p. 364.

¹⁶ *Ibid*, p. 363.

Véase, en ese sentido, Wright, Elizabeth, “Sadomasochism” en *Feminism and Psychoanalysis: A critical dictionary*, US Blackwell, Oxford, UK, y Cambridge, Massachusetts, 1992, pp. 385-391.

¹⁷ *Ibid*, p. 324

de Moscú, donde divisa a Mercader, “moreno alto corpulento..., sentado con cierto abandono, algo reclinado hacia atrás y con la cabeza caída sobre el pecho”¹⁸, y la imagen de ese hombre despierta en él no su admiración sino su repugnancia. Pero ocurre que Mercader es el *non plus ultra* del hombre de partido, es el militante por antonomasia, al que la Unión Soviética ha condecorado precisamente por serlo, porque cumplió hasta el límite con la misión que el Partido le confiara en su momento, sin resistencia ni preguntas. Específicamente, ha cumplido con la misión de partirle la cabeza con un piolet a un enemigo político. La visita de Jaime al Club Español de Moscú, cuyo objetivo es que él observe allí, con sus propios ojos, a ese monumento histórico viviente, tiene por otra parte (por la parte del novelista, obviamente) el valor de constituirse en un dato clave en el espectro programático de *Milico*: Mercader es un arquetipo, es ni más ni menos que el último paradero hasta donde puede llegar la militancia-milicancia. Para decirlo con más precisión todavía: en Mercader se corporiza, como en ningún otro personaje de la obra de Varas, la lógica disciplinaria a la cual su discurso está poniendo en jaque.

Debo confesar que los demás aspectos de *Milico* me interesan mucho menos. Por ejemplo, la figura y la figuración de los personajes femeninos, la mayoría de los cuales no sólo me parecen estereotipados y de relleno, interrumpiendo y fragmentarizando el flujo narrativo a veces sin necesidad, sino que también, por lo menos en un par de casos, muy poco verosímiles. La bella e ingenua Rosita de Mostazal, que es el ángel bueno, y la no menos bella pero asesina Erika Esmert, que es el ángel malo (ésta incluso vestida militarmente, “en tenida de campaña”¹⁹). Dicho sea de paso, su pedagógico empleo del “corvo” acentúa el componente fálico en la construcción de un pasaje que simbólicamente no es para este lector otra cosa que el coito de la muerte del protagonista), pertenecen ambas al elenco de los personajes femeninos del arte y la literatura mundial *fin de siècle*. Son viejas conocidas nuestras, la primera como el *angel of the house*, que tan mal le caía a Virginia Wolf, según lo expresó en su “Professions for Women” (escrito en 1931, publicado póstumamente en 1942), y la segunda como la *belle dame sans merci*, cuyo primer perfil dibujó Mario Praz en *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica*. Woolf habla del ángel

¹⁸ *Ibid*, p. 296

¹⁹ *Ibid*, p. 363

doméstico sarcásticamente, de su “simpatía”, de su “encanto”, de su “desinterés”, de su “destreza en el arte de la vida familiar”, de su “espíritu de sacrificio” y de su “pureza” (sobre todo, de su pureza), diciendo por último que fue tanto el tiempo que desperdició reflexionando sobre sus muchas virtudes y tanto lo que la aburrió que, atormentada, se decidió a matarla. Y agrega que “la lucha fue severa”, pero que “matar al ángel de la casa constituía un deber de su ocupación como mujer escritora”²⁰. De la segunda, es decir de la *belle dame sans merci*, se encontrarán ejemplos abundantes en el libro de Praz²¹ y en los más próximos a nosotros de Bram Dijkstra, *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-siècle Culture*²² y *Evil Sisters: The Threat of Female Sexuality in Twentieth-Century Culture*²³, en los que se hace una exhibición acabada y conjeturablemente ávida de la tenebrosa gama de sus habilidades.

Bibliografía

- Corominas, Joan, entrada: “militar”, en *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1994, p. 396.
- Dijkstra, Bram, *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-siècle Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.
- Dijkstra, Bram, *Evil Sisters: The Threat of Female Sexuality in Twentieth-Century Culture*, Nueva York, Henry & Holt Company, Oxford University Press, 1998.
- Praz, Mario, *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica*, Roma, La Cultura, 1930.
- Rojo, Grínor, *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?*, Santiago, LOM, 2006.
- Varas, José Miguel, *Milico*, Santiago, LOM, 2007
- Woolf, Virginia, “Professions for Women”. Disponible en <http://s.spachman.tripod.com/Woolf/professions.htm>

²⁰ Woolf, Virginia, “Professions for Women”. Disponible en <http://s.spachman.tripod.com/Woolf/professions.htm>

²¹ Praz, Mario, *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica*, Roma, La Cultura, 1930

²² Dijkstra, Bram, *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-siècle Culture*, Oxford University Press, Nueva York, 1986

²³ Dijkstra, Bram, *Evil Sisters: The Threat of Female Sexuality in Twentieth-Century Culture*, Henry & Holt Company, Oxford University Press, Nueva York, 1998

Wright, Elizabeth, "Sadomasochism" en *Feminism and Psychoanalysis: A critical dictionary*, US Blackwell, Oxford, UK, y Cambridge, Massachusetts, 1992, pp. 385-391.